



LOS HUEVOS EN EL QUIJOTE



LOS huevos son un alimento básico en nuestra dieta actual y también lo eran en la del Siglo de Oro. Son una fuente de proteínas y ricos en vitaminas —aunque carecen de la vitamina C—, y en casi todas sus preparaciones resultan muy digestivos. En la época de Cervantes, debido a la inflación existente y a la oferta de mercado (entonces no existían las granjas de producción intensiva y las existencias eran más limitadas) no resultaban a precios tan asequibles como ahora. No sirve de gran cosa el dato aportado por la mayoría de comentarista del *Quijote* de que una docena de huevos costaba en Castilla la Nueva en 1605, unos 63 maravedís (casi dos reales).

Cuando Sancho Panza dialoga con don Quijote para ajustar el sueldo a percibir por sus servicios como escudero, trata de justificar la cantidad que le pide, y le relata el sueldo que ganaba cuando trabajaba para Tomé Carrasco:

«Cuando yo servía... a Tomé Carrasco, el padre del bachiller Sansón Carrasco, que vuestra merced bien conoce, dos ducados ganaba cada mes, amén de la comida. Con vuestra merced no sé lo que puedo ganar, puesto que sé que tiene más trabajo el escudero del caballero andante que el que sirve a un labrador, que, en resolución, los que servimos a labradores, por mucho que trabajemos de día, por mal que suceda, a la noche cenamos olla y dormimos en cama, en la cual no he dormido después que ha que sirvo a vuestra merced» (dQ2-28)

Por lo tanto, siendo su salario entonces de dos ducados al mes, y haciendo las correspondientes equivalencias (un ducado equivalía a 11 reales, y un real a 34 maravedís) el sueldo mensual de Sancho era de 748 maravedís al mes. De aplicarlo por entero a adquirir huevos, apenas podría adquirir 12 docenas al mes. Este es el motivo por el que el estamento más bajo, el pueblo llano, sólo consumiese de una a dos raciones

de huevos a la semana (según los datos de Carmen Navas Galatea y Elena Pulido Romero recogidos en la pirámide alimenticia de su *Monográfico dedicado a la alimentación en el Siglo de Oro Español*.

Sancho era jornalero, el escalón más bajo de los trabajadores; en cambio, el salario de un peón albañil 2,5 reales diarios (sobre 75 reales mes = 2.550 maravedís, según indican José Ignacio Andrés Ucendo y Ramón Lanza García en su trabajo *Impuestos municipales, precios y salarios reales en la Castilla del siglo XVII: el caso de Madrid*), era más elevado, pero tampoco le daba para ir demasiado holgado con la cesta de la compra.

Los huevos se consumían de forma mayoritaria fritos en aceite de oliva (como hoy en día) aunque había quien los sorbía crudos y también se consumían escalfados, en tortilla y revueltos formando parte, por ejemplo, de los duelos y quebrantos. Se consideraban un reconstituyente y alimento para enfermos convalecientes. Así, el ama de don Quijote dice haber gastado más de 600 huevos en recuperarle tras el regreso a su aldea metido en una jaula, episodio con el que termina la primera parte del libro.

En el *Quijote* se nombran los huevos de forma directa 10 veces (1 en *dQ1* y 9 en *dQ2*) y una más de forma indirecta, al mencionar los *duelos y quebrantos*. Los huevos son parte esencial en este plato, que se prepara friéndolos en aceite mientras se revuelven con tocino, chorizo y jamón, a la forma de nuestro socio Luis Miguel Román Alhambra en los *Almuerzos de don Quijote* (una de las actividades llevadas a cabo por la Sociedad Cervantina de Alcázar de San Juan en atención a sus invitados).

De las diez veces que Miguel de Cervantes menciona los huevos a lo largo del *Quijote*, tres de ellas (*dQ2-14*, *dQ2-23* y *dQ2-52*) son para hacer una comparativa entre dos cosas, bien en su forma o bien en su tamaño. En otras cinco (*dQ2-7*, *dQ2-50*, *dQ2-54*) y *dQ2-59*, 2 veces) sí se refiere a ellos como alimento, aunque en una de ellas habla del caviar, describiendo «manjar negro que dicen que se llama *cavial*, y es hecho de huevos de pescados, gran despertador de la colambre» (la sed). Y en otras dos veces, los huevos forman parte de un refrán: *Al freir de los huevos lo verá* (*dQ1-37*), similar a *Todo se verá en la colada*, que se emplea para expresar que algo se dilucidará más tarde, y el otro *sobre un huevo pone la gallina* (*dQ2-7*) que denota la conveniencia de tener un estímulo para realizar un esfuerzo.

Por lo general, Cervantes se refiere a los huevos de gallina, que eran los más consumidos en su época, no obstante en dos ocasiones se refiere a los huevos de avestruz, por conocerlos y por ser más apropiados —por su mayor tamaño— cuando los emplea en sus comparaciones.

Constantino López Sánchez-Tinajero
Sociedad Cervantina de Alcázar de San Juan